

HACIA UNA ESPIRITUALIDAD SINODAL



ÍNDICE

Introducción	1
El horizonte ante el que nos pone el sínodo	2
Notas de la espiritualidad de caminar juntos	4
• Anhelo de conversión	6
• La conversación en el Espíritu: más que un método	7
• Una espiritualidad de la escucha	9
• Una espiritualidad de encarnación	10
• El discernimiento eclesial	11
• Una espiritualidad que sana y fortalece los vínculos	13
• María, modelo de espiritualidad sinodal	16
La Eucaristía fuente de comunión y de unidad	17
Concluyendo	19
Para reflexionar	20



PARA LA REFLEXIÓN

1

¿ESTAMOS CONVENCIDOS DE QUE NECESITAMOS CONVERSIÓN?

2

¿QUÉ ACTITUDES Y LLAMADAS CONCRETAS, A NIVEL PERSONAL, RECIBIMOS AL LEER EL TEXTO?

3

¿ESTAMOS ABIERTOS A LA HUMILDAD, LA PACIENCIA Y A PEDIR PERDÓN?

4

¿CÓMO CONSTRUIR LA ARMONÍA PARA QUE NUESTRAS COMUNIDADES SEAN UNA AUTÉNTICA “ORQUESTA” SIN QUE FALTE NINGÚN “INSTRUMENTO”? ¿QUÉ MEDIDAS CONCRETAS SE PUEDEN IMPLEMENTAR PARA QUE ESTO SUCEDA?

5

¿TENGO UNA ACTITUD DE “ESCUCHA VULNERABLE” Y ESTOY DISPUESTO/A A ACOGER LO QUE VIENE DEL OTRO/A?

6

¿CÓMO CUIDAMOS, EN NUESTRAS COMUNIDADES, LA EUCARISTÍA DEL DOMINGO? ¿ALGUNAS ACCIONES CONCRETAS PARA QUE LA CELEBRACIÓN DOMINICAL SEA FUENTE DE COMUNIÓN Y DE PARTICIPACIÓN ACTIVA Y CONSCIENTE.



INTRODUCCIÓN

El sinodo sobre la sinodalidad es un gran legado del Papa Francisco, que impulsa a la Iglesia del futuro a seguir el camino de la sinodalidad. En el contexto actual, advertimos el aislamiento y el debilitamiento de los vínculos en nuestras sociedades (Cf. EG 66-67) y la pérdida de relevancia de la fe en la vida cotidiana, incluso entre los cristianos, provocados por el individualismo y la secularización (Cf. EG 64.69). La invitación del sinodo a caminar juntos, a escucharnos y a escuchar al Espíritu es una llamada a ser una Iglesia más espiritual y comunitaria. Guiada por el Espíritu, fortalece sus vínculos, se robustece como comunidad y contribuye a una fraternidad universal.

La acción pastoral debe mostrar mejor todavía que la relación con nuestro Padre exige y alienta una comunión que sane, promueva y afiance los vínculos interpersonales.

EG 67

EL HORIZONTE ANTE EL QUE NOS PONE EL SINODO

El sínodo es un acontecimiento del Espíritu Santo y ha puesto en movimiento a la Iglesia, a una Iglesia que se abre a la escucha del Espíritu con la finalidad de dejarse conducir dócilmente por él. Tres palabras han acompañado el sínodo desde su inicio: **participación**, que se ha buscado que sea lo más amplia posible; **comunidad**, que nos enraza en el corazón de la Trinidad y renueva nuestras relaciones; y **misión** que, inspirada por el Espíritu Santo, nos lleva a dar las respuestas que el mundo necesita hoy.

La invitación a ‘caminar juntos’ conducidos por el Espíritu, haciéndonos corresponsables de la marcha de la Iglesia, viene a exigir de los bautizados ponerse en movimiento y entrar en un proceso de conversión. No podemos ser cristianos pasivos ni continuar con el piloto automático cuando a nuestro alrededor se producen tantos cambios. No podemos continuar actuando como siempre y esperar resultados distintos. La conversión que se nos pide y a la que debemos disponernos se juega la credibilidad de la Iglesia y abarca varios ámbitos:

Una conversión de las relaciones

entre hombres y mujeres, con los niños, con los jóvenes, con los mayores y con las personas discapacitadas, excluidas o marginadas. Pide especialmente una conversión de las relaciones entre los diferentes carismas y ministerios dentro de la Iglesia.

Una conversión de los procesos decisionales

en una “corresponsabilidad diferenciada” en la que se busca la mayor participación de todos: los laicos son protagonistas, los pastores dependen de su activismo e implicación, y las mujeres, en particular, son promovidas y se les confía una mayor responsabilidad. Con ello se pretende el fortalecimiento de la comunión para la renovación de la misión. No se elimina la autoridad en la toma de decisiones, simplemente se propone un liderazgo colaborativo entre el pastor y sus fieles¹ y se pide que la autoridad no sea arbitraria, sino que sea desde la escucha, el diálogo, la transparencia, la rendición de cuentas y la evaluación.

1 Cf. E. ANN ALLEN, *León XIV. Ciudadano del mundo, misionero del siglo XXI*, Debate 2025.

CONCLUYENDO

El caminar juntos “todos, todos” tiene varios niveles o ámbitos: Uno es construir la propia comunidad de pertenencia, otro es la relación entre las distintas pertenencias, ministerios y carismas dentro de la Iglesia, un tercero es la escucha e incorporación del pobre y del marginado, y, por último, la relación de acogida y escucha de otras culturas, confesiones y religiones. Podemos aprender de la comunidad de los doce que formó Jesús, como resto de Israel para mostrar la vida de Dios en medio de su pueblo (Cf. Mc 3, 13-19; Mt 10). No era una comunidad homogénea ni de amigos, era bien diversa, entre ellos había pescadores, un maestro de la ley, un publicano colaborador con el imperio invasor, y algún zelote, de aquellos que luchaban contra la fuerza ocupante; además del traidor. Había unos con más relación con paganos y otros más judaizantes. No faltaban motivos para estar enfrentados. Nos dice Lucas que en la última cena, poco antes de abandonarle, aún discutían quién era más importante (Cf. Lc 22, 24). Necesitaron perdón y reconciliación. No fue una comunidad de relaciones fáciles, ni ejemplar ni idílica. No se construye una comunidad con las fuerzas de la carne sino con las del Espíritu (Cf. Gal 5, 16-26). En su misión fue prioritario expulsar demonios, curar toda enfermedad y dolencia, y anunciar la buena noticia a los pobres y un estilo de vida pobre. En su caminar fueron reconociendo la necesidad de acoger en su seno a los paganos (Cf. Lc 15). Era una comunidad que “perseveraba en la oración con María, la madre de Jesús” (Cf. Hech 1, 14) y que se reunía el primer día de la semana para celebrar “la fracción del pan” (Cf. Hech 2, 42-20, 7).

Esta es la invitación que nos queda a nosotros para caminar juntos: enviados por Jesús en misión al mundo como él fue enviado por el Padre (Cf. Jn 17, 18) en comunión entre nosotros y participando de la vida resucitada en la que él nos ha introducido: “que todos sean uno, como tú, Padre, estás en mí y yo en ti. Que ellos también sean uno en nosotros, para que el mundo crea que tú me has enviado” (Jn 17, 21).

Agradecemos a **JUAN ANTONIO GUERRERO ALVES SJ**
la colaboración para la elaboración de este documento

LA EUCARISTIA FUENTE DE COMUNIÓN Y DE UNIDAD

Conviene tener muy presente esta afirmación: cuidar la celebración de la Eucaristía dominical de la mejor manera es decisivo para la sinodalidad.

Además, de la Eucaristía brota el **envío misionero**. “La eucaristía es una gracia, que renueva el don de la comunión y de la misión” (DF 56). La comunión es para la misión y, por eso, una espiritualidad sinodal ha de ser también una espiritualidad misionera, que impulse al anuncio del Evangelio. La liturgia no puede ser un mero rito externo, sino que debe ser expresión de la vivencia de la fe y conducir a un compromiso misionero. Por eso, la Iglesia, “mientras se alimenta en la Eucaristía del Cuerpo y de la Sangre del Señor, sabe que no puede olvidar a los pobres, a los últimos, a los excluidos, a los que no conocen el amor y están sin esperanza, ni a los que no creen en Dios o no se reconocen en ninguna religión instituida” (DF 153).

EL HORIZONTE ANTE EL QUE NOS PONE EL SINODO

Una conversión de los vínculos

que “invita a cada persona a ampliar el espacio de su corazón, el primer “lugar” donde resuenan todas nuestras relaciones, enraizadas en la relación personal de cada uno con Cristo Jesús y su Iglesia” (DF110). Los grandes cambios que se han producido en el modo de vida en nuestras sociedades, en los vínculos territoriales, los fenómenos migratorios, o la cultura digital han cambiado el significado de los lugares y las pertenencias, y constituyen una llamada a renovar en clave sinodal los vínculos de pertenencia y los lugares eclesiales, reconstruir nuestra vida comunitaria, a hacer de la Iglesia un hogar que “evoca posibilidades de acogida, hospitalidad e inclusión” en que cada uno pone al servicio de los demás el don que ha recibido.

Para todo ello es necesario la formación de discípulos misioneros, comenzando con la iniciación cristiana y teniendo como meta la conformación con Cristo, convertirnos en “otro Cristo” (*alter Christus*). Todo este proceso abierto en la Iglesia viene a configurar una espiritualidad sinodal que modela nuestra vida cristiana por dentro y por fuera.

NOTAS DE LA ESPIRITUALIDAD DEL CAMINAR JUNTOS

“Espiritualidad” es una palabra que se ha usado de modos muy distintos a lo largo de la historia. Para nuestros efectos podemos comprenderla como una configuración interior y personal fruto de la acción del Espíritu, común con otras personas que, en el caso de las espiritualidades cristianas, orienta hacia un modo específico de seguimiento de Cristo, que se manifiesta en la Iglesia, en la sociedad y busca adaptarse a las distintas condiciones históricas. Si la espiritualidad es verdadera, no es más que un punto de referencia desde el que es vivida la totalidad del Evangelio. En nuestro caso es el modo de ‘caminar juntos’ al que nos invita la Iglesia. El documento final del Sínodo nos alerta de que “nadie puede recorrer solo un camino de auténtica espiritualidad. Necesitamos acompañamiento y apoyo, incluida la formación y la dirección espiritual, como individuos y como comunidad” (DF 43).

Tradicionalmente se ha incluido en la espiritualidad una parte más activa y otra más pasiva, la ascética y la mística. La primera se ocupa más de las disposiciones interiores de las personas que se abren a la acción del Espíritu y la segunda, más de esta acción del Espíritu en nosotros y de la unión con Dios. El camino sinodal nos ha mostrado tanto algunos modos de disponernos a la acción del Espíritu como de vivir conducidos por él, participando de la comunión Trinitaria en que nos ha introducido el Resucitado.

Ya en el primer documento preparatorio del sínodo se nos anunciaba que “a medida que los aspectos de una espiritualidad sinodal se nos presentan, podemos llegar a descubrir en ella los modos en que el Espíritu Santo ilumina la vida de la Iglesia, atrayendo a cada uno a un amor más profundo por Cristo y moviéndonos a desear una comunión, una participación y una misión cada vez mayor.”²

LA EUCARISTIA FUENTE DE COMUNIÓN Y DE UNIDAD

La espiritualidad sinodal es una espiritualidad eucarística, porque la Eucaristía fortalece tanto nuestra relación personal con Dios como nuestro sentido comunitario. La Iglesia, al reflexionar sobre lo que significa “caminar juntos”, ha advertido la importancia y centralidad que debe tener la Eucaristía en la vida del cristiano y de nuestras comunidades. Dice el Documento final: “El Pueblo de Dios, en camino hacia el Reino, se alimenta continuamente de la Eucaristía, fuente de comunión y de unidad” (DF 16).

La **comunión** tiene su fuente y culmen en la celebración de la Eucaristía (cf. DF 31). Como explica con claridad San Pablo: “porque el pan es uno, nosotros, siendo muchos, formamos un solo cuerpo, pues todos comemos del mismo pan” (1 Cor 10, 17). Alimentados por el Cuerpo eucarístico de Cristo, formamos un solo Cuerpo, que es la Iglesia.

Cuando celebramos la Eucaristía y participamos en ella de una manera “plena, consciente y activa” (SC 14), contando con la presencia de los diversos ministerios y con la presidencia del obispo o el presbítero, “se hace visible la comunidad cristiana, en la que se realiza una corresponsabilidad diferenciada de todos para la misión” (DF 26). En el Documento final del Sínodo se subraya que la Iglesia aprende de la Eucaristía a articular unidad y pluralidad, la unidad de la celebración en la diversidad de vocaciones, carismas y ministerios (Cf. DF 26).

Tiene una importancia especial la **Eucaristía del domingo**, que es “la primera y fundamental forma de reunión y encuentro del Pueblo de Dios” (DF 26). Por esta razón, el sínodo pide “redescubrir cómo la celebración dominical de la Eucaristía forma a los cristianos” (DF 142). Y añade esta explicación:

“Para muchos fieles, la Eucaristía dominical es el único contacto con la Iglesia: cuidar su celebración de la mejor manera, con particular atención a la homilía y a la “participación activa” (SC 14) de todos, es decisivo para la sinodalidad. En la Misa, de hecho, acontece como una gracia concedida desde lo alto, antes de ser el resultado de nuestros propios esfuerzos: bajo la presidencia de uno y gracias al ministerio de algunos, todos pueden participar en la doble mesa de la Palabra y del Pan. El don de la comunión, de la misión y de la participación –las tres piedras angulares de la sinodalidad– se realiza y se renueva en cada Eucaristía”

² XVI ASAMBLEA DEL SÍNODO DE LOS OBISPOS, Por una Iglesia sinodal: comunión, participación y misión, Documento Preparatorio, n° 1

NOTAS DE LA ESPIRITUALIDAD DEL CAMINAR JUNTOS

María, modelo de espiritualidad sinodal

La Madre de Dios sostiene y acompaña el camino sinodal del pueblo de Dios (Cf. DF 17). María es maestra en el arte de la escucha y de la obediencia a Dios. En su apertura a lo que Dios quiere, María es imagen de la Iglesia. Ella es también mujer de oración, modelo de una Iglesia que ora, agradece y canta la gloria de su Señor. María es también mujer sinodal porque con su vida nos enseña que la Iglesia no es obra de nuestras manos sino de Dios: la Iglesia no es el producto de lo que nosotros hacemos, de nuestros esfuerzos, sino un organismo viviente que madura y crece de modo misterioso con la fuerza de la gracia. María es una pobre del Señor, que sabe acoger todo de Él como un don y una gracia. En su concepción virginal vemos el signo más elocuente del primado de Dios en su fecundidad. También la Iglesia es fecunda si sabe poner en el primer lugar la acción del Espíritu Santo en ella.

El Documento final del Sínodo, cuando se ocupa de los fundamentos de la sinodalidad, presenta a María como modelo y figura de una Iglesia sinodal y misionera, porque ella “escucha, ora, medita, dialoga, acompaña, discierne y actúa” (DF 29). La Madre de Dios nos enseña las actitudes fundamentales de una Iglesia sinodal: “de ella aprendemos el arte de la escucha, la atención a la voluntad de Dios, la obediencia a su Palabra, la capacidad de captar las necesidades de los pobres, la valentía de ponerse en camino, el amor que ayuda, el canto de alabanza y la exultación en el Espíritu” (DF 29). Cuando la Iglesia prolonga en su vida estas actitudes, crece como Iglesia sinodal, misionera y misericordiosa.

Para aprender a ser una Iglesia sinodal hemos de elevar los ojos a María. Como escribió Ivo de Chartres, “tal como es la madre de Cristo, así ha de ser la Iglesia” (De *Nativitate Domini*; PL 162, 570C).



NOTAS DE LA ESPIRITUALIDAD DEL CAMINAR JUNTOS

¿Cuáles son esas disposiciones interiores que nos abren a la acción del Espíritu en nuestro caminar juntos como Iglesia? El primer paso necesario es tener fe en la acción del Espíritu:

“si realmente creemos en la libre y generosa acción del Espíritu. ¡cuántas cosas podemos aprender unos de otros! No se trata sólo de recibir información sobre los demás para conocerlos mejor, sino de recoger lo que el Espíritu ha sembrado en ellos como un don también para nosotros (...) A través de un intercambio de dones, el Espíritu puede llevarnos cada vez más a la verdad y al bien”.

EG 246

No partimos de cero. Hay testigos que nos pueden inspirar: no son pocas las personas que más vivamente han participado en distintas etapas del proceso sinodal y han vivido el proceso de conversión personal al que invita el documento final del Sínodo. Por otra parte, el horizonte que nos ofrece una Iglesia sinodal provoca en nosotros un anhelo de conversión; y si acogemos las propuestas del sínodo, y comenzamos realmente a caminar juntos al modo en que somos invitados, se irá configurando en nosotros la espiritualidad sinodal. Y esta espiritualidad no puede ser sino contracultural.

Para abordar las notas de esta espiritualidad comenzaremos por el anhelo de conversión; en segundo lugar, nos referiremos a la conversación en el Espíritu; en tercer lugar, la escucha, pues no hay sinodalidad sin ella; a continuación nos referimos a la espiritualidad sinodal como una espiritualidad de encarnación; acto seguido, al discernimiento eclesial, necesario en ese proceso de acoger y encarnar los dones del Espíritu; acabaremos mostrando cómo esta espiritualidad fortalece los vínculos y cómo la Madre de Jesús es modelo de espiritualidad sinodal.

NOTAS DE LA ESPIRITUALIDAD DEL CAMINAR JUNTOS

Anhelos de conversión

Los dones sinodales “presuponen nuestro anhelo de conversión; un deseo de dejar atrás nuestros propios prejuicios y formas de ver las cosas para dejar que Dios entre en nuestras vidas, en nuestras comunidades y nos enseñe nuevamente las realidades del Reino de Dios; de abrir nuestros ojos para ver de nuevo el mundo en el que vivimos, con su dolor y su belleza, su pérdida y su esperanza; de abrir nuestros corazones para ver a Cristo en medio de nuestras realidades y volver a escuchar su voz: “ven a seguirme”.³

El Documento Final invitaba a una conversión de las relaciones, de los procesos y de los vínculos. En su saludo final, el papa Francisco evocaba “la visión del profeta Isaías [que] nos invita a imaginar como un banquete preparado por Dios para todos los pueblos. Todos, con la esperanza de que no falte ninguno. ¡Todos, todos, todos! Que nadie quede fuera, todos. Y la palabra clave es esta: la armonía. Lo que hace el Espíritu Santo, su primera manifestación fuerte en la mañana de Pentecostés, es armonizar todas las diferencias, todos los idiomas... Armonía.”

Jesús nos dejó una enseñanza para hacer real nuestra acogida de “todos, todos, todos”: comenzar por incluir al pobre o al marginado que tenemos cerca; “cuando ofrezcas una comida o una cena, no invites a tus amigos o hermanos o parientes o a los vecinos ricos; porque ellos a su vez te invitarán y quedarás pagado. Cuando des un banquete, invita a pobres, mancos, cojos y ciegos. Dichoso tú, porque ellos no pueden pagarte; pero te pagarán cuando resuciten los justos (Lc 13, 12-14)”⁴

El “todos, todos, todos” vivido en armonía es una preciosa meta, pero acoger esta gracia es exigente. Vivirla requiere un proceso de conversión de nuestro individualismo, de salir de “solo los míos”, de nuestro tribalismo, de nuestra cerrazón prejuiciosa, y de tantos modos de vivir tan asentados culturalmente en nosotros. Reconocía el papa Francisco que la experiencia sinodal “nos da la valentía de testimoniar que es posible caminar juntos en la diversidad, sin condenarnos el uno al otro.”

La espiritualidad sinodal “exige también ascesis, humildad, paciencia y disponibilidad para perdonar y ser perdonado. Acoge con gratitud y humildad la variedad de dones y tareas distribuidos por el Espíritu Santo para el servicio del único Señor (cf. 1 Co 12,4-5). Lo hace sin ambiciones ni envidias, ni deseos de dominio o control, cultivando los mismos sentimientos de Cristo Jesús, que ‘se despojó de sí mismo asumiendo la condición de siervo’ (Flp 2,7).” (DF 43).

3 Subgrupo de espiritualidad de la sinodalidad de la Comisión de Espiritualidad de la Secretaría del Sínodo. Hacia una espiritualidad para la sinodalidad, p. 42. (curvas añadidas) en: <https://www.synod.wiki/content/dam/synodcommon/spirituality/Spirituality-of-Synodality-Ac-Oriztonale-ES.pdf>
4 Cf. LEON XIV, Ex. Ap. Dilecti te (4-10-2025)

NOTAS DE LA ESPIRITUALIDAD DEL CAMINAR JUNTOS

Una espiritualidad que sana y fortalece los vínculos

La búsqueda de unos vínculos abiertos a la fraternidad universal, con otras culturas y religiones, no quiere decir abdicar de ser comunidad creyente, no se hace a costa de la propia fe o de la propia pertenencia, sino que es una rica expresión del fundamento de estas:

“no se trata de que todos seamos más light o de que escondamos las convicciones propias que nos apasionan para poder encontrarnos con otros que piensan distinto. [...] Porque mientras más profunda, sólida y rica es una identidad, más tendrá para enriquecer a los otros con su aporte específico». Los creyentes nos vemos desafiados a volver a nuestras fuentes para concentrarnos en lo esencial: la adoración a Dios y el amor al prójimo, de manera que algunos aspectos de nuestras doctrinas, fuera de su contexto, no terminen alimentando formas de desprecio, odio, xenofobia, negación del otro”

FT 282

Unos vínculos sanos presuponen personas, no meros individuos; personas capaces de soledad e interioridad para poder relacionarse. No pocas veces serán necesarios la reconciliación y el perdón. El caminar juntos reclama una “disciplina de éxodo”, pues no todos caminan a la misma velocidad; necesitamos paciencia unos y empuje otros y sobrellevarnos mutuamente para que no se rompa el pueblo que camina. Vínculos sanos y fuertes invitan al cuidado mutuo, a asumir “la actitud solidaria y atenta, la actitud de proximidad del buen samaritano” (FT 79). La sobriedad y la frugalidad fortalecen los vínculos, mientras que la opulencia y el lujo los debilita. Proponía el papa Francisco el ejemplo de Carlos de Foucauld, que deseaba ser el hermano de todos, hermano universal. Sólo identificándose con los últimos llegó a ser hermano de todos (Cf. FT 287).

NOTAS DE LA ESPIRITUALIDAD DEL CAMINAR JUNTOS

Una espiritualidad que sana y fortalece los vínculos

El tiempo presente presenta algunos desafíos, los vínculos territoriales cambian de significado, especialmente para las parroquias o las diócesis; los fenómenos migratorios desafían a las iglesias locales a ampliar el ‘nosotros’ con una apertura y acogida mayor; la cultura digital presenta sus desafíos y sus oportunidades, el documento sinodal invita a aprovechar estas, buscando modos de “crear lazos de pertenencia, promover el encuentro y el diálogo, ofrecer formación entre iguales y desarrollar una forma sinodal de ser Iglesia” (DF 113).

Son muchos los vínculos que han de ser fortalecidos en el interior de las Conferencias Episcopales, las Asambleas Eclesiales, las comunidades y las parroquias. Necesitamos también abrir el corazón a establecer vínculos con otros pueblos, culturas y religiones. Precisamente estos últimos, requieren un fortalecimiento de los vínculos al interior de la Iglesia:

“un pueblo dará fruto, y podrá engendrar el día de mañana sólo en la medida que genere relaciones de pertenencia entre sus miembros, que cree lazos de integración entre las generaciones y las distintas comunidades que la conforman; y también en la medida que rompa los círculos que aturden los sentidos alejándonos cada vez más los unos de los otros”

FT 53

NOTAS DE LA ESPIRITUALIDAD DEL CAMINAR JUNTOS

La conversión en el Espíritu: ¿mas que un método?

“El proceso sinodal interpela a todos los bautizados sin excepción: Todo el Pueblo de Dios es sujeto del anuncio del Evangelio. En él, todo bautizado es convocado para ser protagonista de la misión, porque todos somos discípulos misioneros (CTI, n. 53)” (DF 4). Todos estamos invitados a participar en la vida de la Iglesia. “Estamos unidos en el único Bautismo, del que brota la identidad del Pueblo de Dios y el dinamismo de la comunión, la participación y la misión” (DF 138). Reconocemos en nuestro bautismo la más alta dignidad, “ser hijos de Dios, es decir, partícipes de la relación de Jesús con el Padre en el Espíritu” (DF 21). Todos los creyentes tenemos un instinto para la verdad del Evangelio, el *sensus fidei*, cuyo ejercicio no debe confundirse con la opinión pública (Cf. DF 22). El mismo bautismo nos concede a todos igual dignidad.

El método asumido por el sinodo para el discernimiento comunitario ha sido la conversación en el Espíritu, que se ha mostrado fecundo: “ha provocado alegría, asombro y gratitud y se ha experimentado como un camino de renovación que transforma a las personas, a los grupos y a la Iglesia” (DF 45). De hecho, más que un método es una escuela espiritual para escuchar lo que el Espíritu dice a la Iglesia, que facilita la participación de todos evitando la polarización, fortalece la comunión y con el discernimiento renueva la misión. Se ha mostrado en el caminar juntos que la conversación en el Espíritu ayuda a curar y reconstruir vínculos entre quienes participan.

La espiritualidad sinodal, como la conversación en el Espíritu, requiere “escucha de la Palabra de Dios, contemplación, silencio y conversión del corazón” (DF 43). Si falta la profundidad espiritual personal y comunitaria, la sinodalidad se reduce a un expediente organizativo” (DF 44). Sólo “el corazón hace posible cualquier vínculo auténtico, porque una relación que no se construye con el corazón es incapaz de superar la fragmentación del individualismo (DN 17)” (DF 51).

EL MISMO
BAUTISMO NOS
CONCEDE A
TODOS IGUAL
DIGNIDAD

5 Se pueden encontrar más elementos de la espiritualidad y de las necesarias disposiciones interiores para la conversación en el Espíritu en: GUERRERO ALVES, Juan Antonio y MARTÍN LÓPEZ, Oscar. Conversación espiritual, discernimiento y sinodalidad. Sal Terrae, Mallatón 2023.

NOTAS DE LA ESPIRITUALIDAD DEL CAMINAR JUNTOS



La conversión en el Espíritu: mas que un método

“Conversar en el Espíritu significa vivir la experiencia de compartir a la luz de la fe y en la búsqueda de la voluntad de Dios, en un clima auténticamente evangélico en el que el Espíritu Santo puede hacer oír su voz inconfundible.” (DF 45). Conversar en el Espíritu es un ejercicio espiritual, que nos exige profundidad; es decir, buscar la voz del Espíritu y liberarnos de las voces mudas de nuestra cultura: slogans ideológicos, argumentarios interesados de partidos o los intereses de los medios de comunicación que seguimos. Conversar en el Espíritu es un ejercicio continuo de salida de nosotros mismos, una forma despojada de compartir, que deja el ego de lado, y no busca tanto expresar lo propio y promover los intereses personales o grupales cuanto lo que inspira el Espíritu para el bien común; y un modo de escuchar, activo y vulnerable, que ayuda a discernir en común y acoger los dones y llamadas del Espíritu. La conversación es algo más que un mero diálogo, pues genera un modo de vida compartido y un ‘nosotros’ abierto, que “no puede limitarse a cuidar las relaciones entre las personas que ya están en sintonía, sino que debe favorecer el encuentro con cada hombre y cada mujer” (DF 110). “Por eso puede decirse que en la conversión está en juego la conversión” (DF 45).

La gracia que recibimos se nos da tanto personalmente para contribuir con humildad a la comunidad al compartirla, como a través de la escucha de los demás en sus aportaciones, fruto de su propia acogida del Espíritu (Cf. DF 44). Sólo reconociendo la primacia de la gracia se renueva la comunidad cristiana.

Al mismo tiempo, conviene subrayar que es una “herramienta” y, como tal, tiene “limitaciones” (DF 45). Por eso, se dice en el sínodo que “en la Iglesia existe una gran variedad de enfoques del discernimiento y de metodologías establecidas. Esta variedad es una riqueza: con las oportunas adaptaciones a los distintos contextos, la pluralidad de enfoques puede resultar fecunda” (DF 86).⁶

6 Se puede encontrar una descripción de estos métodos en la última parte del documento EQUIPO SINODAL DE LA CONFERENCIA EPISCOPAL ESPAÑOLA. Notas para un discernimiento eclesial sobre la misión en un ambiente sinodal (folleto n. 2).

NOTAS DE LA ESPIRITUALIDAD DEL CAMINAR JUNTOS



Una espiritualidad que sana y fortalece los vínculos

La conversión de los vínculos y el fortalecimiento de estos ha venido apareciendo a lo largo de estas páginas. Este ha sido un tema muy querido del papa Francisco al que ha sido especialmente sensible. Merece que nos detengamos para buscar cómo podemos ayudarnos en esta necesaria tarea.

“El misterio mismo de la Trinidad nos recuerda que fuimos hechos a imagen de esa comunión divina, por lo cual no podemos realizarnos ni salvarnos solos” (EG 178). Nuestro caminar juntos implica un modo de relacionarnos que supere el individualismo, que nos haga dejar de estar encorvados sobre nosotros mismos (Lc 13, 11-13), poder mirar al cielo para acoger sus dones y abrimos a la gran diversidad que constituye la Iglesia y la familia humana con un espíritu de acogida. El modo sinodal de vivir las relaciones pide que cada uno sea reconocido en una comunidad concreta, y llama al cuidado mutuo, a la interdependencia y la corresponsabilidad por el bien común. De este modo desafía “el aislamiento de las personas y el individualismo cultural” y un comunitarismo social exagerado que “asfixia a las personas y no les permite ser sujetos de su propio desarrollo” (DF 48).

Pero no debemos cantar victoria demasiado pronto, hemos de discernir el “nosotros” que constituimos. Desde diversos ángulos se viene constatando desde hace décadas un retorno de la tribu, o la formación de comunidades cerradas, incluso destructivas, formadas en torno a un enemigo común, generalmente demonizado; los movimientos digitales de odio y destrucción también generan un nosotros y un ellos, o comunidades que asfixian a las personas impidiendo su desarrollo, para no hablar de clubes y comunidades exclusivistas. En lugar de estar vinculados estamos conectados. En Fratelli Tutti ya señalaba el papa Francisco que “nos hemos empachado de conexiones y hemos perdido el sabor de la fraternidad. Hemos buscado el resultado rápido y seguro y nos vemos abrumados por la impaciencia y la ansiedad presos de la virtualidad. Hemos perdido el gusto y el sabor de la realidad” (FT 33). Precisamente el individualismo y el narcisismo cultural han dado lugar a esas formas reactivas de vinculación que no son las que genera la sinodalidad bien vivida, pero pueden ser una tentación.

NOTAS DE LA ESPIRITUALIDAD DEL CAMINAR JUNTOS

El discernimiento eclesial

Es importante eliminar de nosotros la soberbia (hybris) de creer que la Iglesia sinodal comienza ahora con nosotros o que la voluntad de Dios se nos comunica especialmente a nosotros en nuestras reuniones. Dios se ha comunicado a través de su Palabra, que alcanza en Jesús la plenitud de la revelación, esta es “el punto de partida y el criterio de todo discernimiento eclesial” (DF 83); y se sigue comunicando a través de la liturgia, de la Tradición viva de la Iglesia, del Magisterio, de la meditación personal y comunitaria de la Palabra de Dios, de las prácticas de piedad popular, del clamor de los pobres, de los acontecimientos de la historia humana, de elementos de la creación y de la conciencia personal de cada uno (Cf. DF 83). Y Dios no ha prometido una luz especial a las personas más inteligentes, o las que tienen mejor oratoria, o las que son más persuasivas o las que mejor manejan las redes sociales o los medios de comunicación. Más bien tiene una preferencia por los humildes.

Siempre ayudará en los procesos de discernimiento eclesial “crear un clima de confianza, transparencia y responsabilidad” (DF 80); proporcionar una formación no sólo técnica, sino una verdadera mistagogia, especialmente para las personas llamadas a facilitar los procesos de discernimiento; cultivar actitudes interiores de “libertad interior, humildad, oración, confianza mutua, apertura a la novedad y abandono a la voluntad de Dios” (DF 82).

Discernir juntos configura un ‘nosotros’ que decide en una ‘corresponsabilidad diferenciada’. Este nosotros “compromete la adhesión de todos, incluso cuando la opinión de uno no haya sido aceptada” (DF 84). Es decir que las decisiones de un discernimiento eclesial nos comprometen a cada uno a ponerlas en práctica asumiéndolas personalmente. De otro modo interrumpiríamos el proceso encarnatorio de la gracia recibida. También los discernimientos eclesiales requieren un tiempo posterior de acogida en la comunidad, de confirmación o verificación.

DISCERNIR
JUNTOS
CONFIGURA
UN
‘NOSOTROS’

NOTAS DE LA ESPIRITUALIDAD DEL CAMINAR JUNTOS

Una espiritualidad de la escucha

El sinodo ha puesto a la Iglesia en “modo escucha”. Escuchar es esencial en el proceso sinodal en todos sus estadios, escuchar al Espíritu, escuchar en la conversación en el Espíritu, escuchar al niño, al joven, al anciano, al pobre, al marginado, a hermanos de otras confesiones o de otras religiones. Escuchar es una actividad contracultural que pide ralentizar nuestras vidas aceleradas y ejercitar la paciencia. Especialmente cuando se trata del pobre, del marginado o del excluido, que además exigen entrar en otros lenguajes. La pasividad de la paciencia es, para Byung Chul Han, la primera máxima de la escucha. Quedar a merced es otra máxima de la ética de la escucha, pues en la escucha el oyente se pone a merced del otro sin reservas.

Con frecuencia en discusiones polarizadas no hay escucha, pues se trata de una escucha blindada, desde el prejuicio, que no espera nada del otro, que en el fondo no le deja expresarse. En esas condiciones, nos dice el Evangelio, Jesús no pudo hacer ningún milagro (Cf. Mc 6, 1-6). Tampoco es escucha una escucha a la defensiva, que prepara la respuesta mientras el otro habla, para rebatirlo; esta escucha tampoco espera nada del otro, sólo busca la afirmación de uno mismo. La escucha a la que nos invita el proceso sinodal es una escucha activa, atenta y paciente, que escucha no sólo lo que el otro dice sino lo que quiere decir, una escucha que no juzga, que se realiza con un respeto reverencial porque supone que el otro, que también es oyente del Espíritu, tiene algo que decir. Y si miramos el modo como escucha Jesús, además de activa y pacientemente, escucha de un modo vulnerable, es decir, que lo que escucha le puede remover por dentro, cambiar sus planes, sus visiones, un ejemplo es el de la mujer cananea (Mt 15, 21-28) o tantos otros que le removieron las entrañas y que le hacían afirmar su sorpresa de ver tanta fe en personas que probablemente no sabían expresarlo bien.

SUPONE QUE
EL OTRO, QUE
TAMBIÉN ES
OYENTE DEL
ESPÍRITU,
TIENE ALGO
QUE DECIR

NOTAS DE LA ESPIRITUALIDAD DEL CAMINAR JUNTOS

Una espiritualidad de encarnación

Son muchas las propuestas que han salido de este proceso de escucha del Espíritu en asambleas, reuniones sinodales, etc. En su saludo final en la clausura de la segunda sesión del sínodo, el papa Francisco afirmaba que “la Iglesia sinodal para la misión, ahora necesita que las palabras compartidas vayan acompañadas por hechos. No solo soñar con la paz sino comprometernos con todas nuestras fuerzas para que, quizá sin hablar tanto de sinodalidad, la paz se realice por medio de procesos de escucha, diálogo y reconciliación”.

Se nos propone una espiritualidad de encarnación, de poner en práctica lo que hemos sentido como inspiración del Espíritu. Esto, como más adelante veremos, es la tarea del discernimiento. El papa Francisco nos prevenía de dos males que acompañan a la mundanidad espiritual, que también los podemos leer como frenos para la encarnación del don del Espíritu: uno es “la fascinación del gnosticismo, una fe encerrada en el subjetivismo, donde sólo interesa una determinada experiencia o una serie de razonamientos y conocimientos que supuestamente reconfortan e iluminan, pero en definitiva el sujeto queda clausurado en la inmanencia de su propia razón o de sus sentimientos” de modo que lo experimentado no se concreta en la realidad. El otro es “el neopelagianismo autorreferencial y prometeico de quienes en el fondo sólo confían en sus propias fuerzas y se sienten superiores a otros por cumplir determinadas normas o por ser inquebrantablemente fieles a cierto estilo católico propio del pasado” (EG n. 94) este prescinde o se desconecta de lo inspirado por el Espíritu. A estos males podríamos añadir el fariseísmo que hace apaños de fachada, para adecuarse a expectativas externas y construir una imagen devota, pero también cortocircuita la encarnación del don, que ni toca el propio corazón ni transforma la realidad. Y el inmovilismo de quien promueve que “todo cambie para que todo siga igual” (El Gatopardo).

Cuando nos reunimos para conversar en el Espíritu y discernir juntos se constituye y se fortalece un nosotros. Pero cuando llega la hora de encarnar en la realidad la voluntad divina que hemos encontrado, si queremos construir sobre roca (Mt 7, 21-27), cada uno y cada una ha de acoger personalmente lo decidido y unirse a los demás para contribuir a su puesta en práctica.

NOTAS DE LA ESPIRITUALIDAD DEL CAMINAR JUNTOS

El discernimiento eclesial

La Iglesia sinodal es una Iglesia que discierne⁷. Y lo ha sido desde sus comienzos. Un primer ejemplo de discernimiento eclesial lo encontramos en la primera Iglesia, cuando tuvo que enfrentar la difícil situación de si acoger a los paganos incircuncisos en su seno (Cf. Hch 15, 1-35). El discernimiento eclesial se nos presenta también en nuestros días como una necesidad en todos los ámbitos de la Iglesia y “es a la vez condición y expresión privilegiada de la sinodalidad, en la que se viven juntos comunión, misión y participación” (DF 82). Es un recurso esencial en todos los órganos de participación en la Iglesia sinodal.

“La práctica del discernimiento permite responder a los desafíos y oportunidades presentados a la vida de la Iglesia” (DF 11). Esto no se dará sin oración, sin cercanía a la Palabra de Dios, sin discernimiento personal y sin “aprender unos de otros y reconocer que el Espíritu Santo actúa en todos los fieles” (DF 14). El discernimiento eclesial será más rico cuanto más se escuche a todos; “por eso es esencial promover una amplia participación en los procesos de discernimiento, cuidando especialmente la implicación de quienes se encuentran en los márgenes de la comunidad cristiana y de la sociedad” (DF 82).

El documento final del sínodo reconoce algunas dificultades experimentadas en el proceso sinodal, como el cansancio, la resistencia al cambio o la tentación de hacer que las propias ideas prevalezcan sobre la escucha de la Palabra de Dios y la práctica del discernimiento (Cf. DF 6). Esto nos llama la atención sobre disposiciones necesarias en los procesos de discernimiento eclesial, sin las cuales, en lugar de dejarnos conducir por el Espíritu simplemente nos repetimos a nosotros mismos y convertimos el caminar juntos en estériles reuniones y convenciones sin Espíritu.

El Espíritu que nos conduce como Iglesia es el mismo que condujo a Jesús a lo largo de su vida entre nosotros y el que ha conducido a la Iglesia desde la Resurrección del Señor. Para distinguir cuál es la voluntad de Dios, lo bueno, lo que le agrada, san Pablo nos recomienda no acomodarnos al mundo sino transformarnos por la renovación de la mente (Rm 12, 2); discernir es entrar en sintonía con la encarnación del Verbo, es tener los mismos sentimientos que Cristo Jesús (Fil 2, 5) o la mente de Cristo (1 Cor 2, 16)⁸. Ser Iglesia que discierne requiere de nosotros una conversión profunda, la flexibilidad de acoger el don y las sorpresas del Espíritu y, conducidos por el mismo Espíritu, ponerlo en práctica para que dé su fruto.

7 Cf. DF 61-66 y EQUIPO SINODAL DE LA CONFERENCIA EPISCOPAL ESPAÑOLA. Notas para un discernimiento eclesial sobre la misión en un ambiente sinodal (folio n. 2).
8 Para un planteamiento más ignaciano del discernimiento se puede ver GUERRERO ALVES, Juan Antonio. Aprender a Sentir en Cristo. Aplicar hoy las reglas ignacianas. Sal Terrae, Mallorca 2024.